

El amor humano

Marcel Légaut*

Características y exigencias del amor humano

El amor que nace entre dos seres no es sólo fuente de alegría para ambos; lo es también para los que asisten, de cerca o de lejos, a su eclosión. Ningún otro bien procura por sí mismo, a quienes no participan directamente en él, una alegría semejante. El hecho es significativo. Esa alegría brota, en cada uno, de lo más íntimo. Es una manifestación del fondo humano. Da testimonio de la singular especificidad del mensaje que el amor anuncia. Muchos habrá que no conozcan otra anunciación capaz de mostrarles, de forma tan expresiva y personal, lo que han de esforzarse en realizar para alcanzarse en plenitud.

El amor, al nacer, llama al don total de sí, no sólo por un tiempo sino por siempre. Por esta exigencia, manifiesta su relación con la totalidad del hombre. Por esta cualidad suya esencial, el amor humano supera la naturaleza de los bienes que hay que ir renovando constantemente conforme uno se alimenta de ellos día a día. Si no se percibe en él, de forma absoluta, ese sentido de lo definitivo, por más refinado y electivo que sea, no se habrá alzado todavía a un nivel propiamente humano. Lejos de agotar lo que el hombre podría esperar de él, lo distrae de ese posible cumplimiento.

Sin embargo, el don total de sí está subtendido por el oscuro e imperativo deseo, también ilimitado, de la posesión carnal del otro, de que éste se adecue exactamente a lo que se espera de él y se identifique plenamente con uno mismo. Al principio, don y posesión son inseparables, hasta el punto de no poder existir lo uno sin lo otro. Por eso el amor propiamente humano surge a la vez del tener y del ser. Este doble origen le garantiza, en caso de logro, un poder excepcional para contribuir a la maduración del hombre. Sin embargo, esta ambigüedad de origen también es lo que incuba todas las crisis que el hombre tendrá que superar para corresponder, a lo largo de la vida, a las exigencias del amor...

* Matemático, pastor y escritor espiritual (1900-1990).

El amor y la paternidad

El hombre bastante consciente de sí descubre su carencia de ser al medir, en sus mejores momentos, la distancia que lo separa irremediamente de lo que tendría que ser para corresponder a la promesa del amor naciente. La paternidad proseguirá este trabajo de ahondamiento.

La paternidad, como el amor, no se descubre de buenas a primeras tal como tendría que vivirse para realizarse en plenitud. Sus exigencias, además, aunque van en el mismo sentido que las del amor, apuntan aún más lejos.

El amor tiene que evolucionar hacia una realidad que surge sobre todo del ser de los esposos. No obstante, permanece anclado hasta el fin en una cierta posesión mutua. En la misma dirección, los desarrollos de la paternidad exigen una mutación todavía más radical. La paternidad, si no quiere verse condenada a vivir vuelta hacia el pasado y hacerse anacrónica, debe establecerse en el nivel del ser del padre y del hijo cuando éste se convierte en adulto.

Las correspondencias que existen entre padre e hijo pertenecen a un orden más substancial que las afinidades que posibilitan el amor conyugal. Unas y otras se elevan desde las profundidades de cada uno. Sin llegar, ni mucho menos, a la identidad, la herencia inicia en el hijo determinadas disposiciones profundas, características del padre, y facilita su desarrollo. En cambio, el amor entre dos seres, aunque para nacer requiera similitudes y complementariedades de importancia, logra tan sólo el ahondamiento de cada uno de los amantes sin hacer que al fin se asemejen fundamentalmente.

No cabe duda de que en el hijo se confrontan, viniendo de horizontes próximos o lejanos, numerosas influencias. Muchas de ellas son ajenas, y algunas hostiles, a lo recibido de su padre. Esta rivalidad, que en ocasiones adopta la forma del antagonismo y se manifiesta en crisis más o menos conscientes, puede disimular, durante un prolongado período de tiempo, la herencia del padre. No obstante, esta última aparecerá en todos los niveles, desde las actitudes y reacciones espontáneas hasta las formas más libres de conducta, si el adulto que late en el niño, con los años, toma suficiente posesión de su humanidad.

Al principio, la paternidad se ejerce mediante la cercanía y el mandato. Para continuar su obra educadora, tiene que cambiar su forma de actuación a medida que el padre descubre su impotencia para proteger, ayudar y orientar a su hijo por la vía de la autoridad...

*El Hombre en busca de su Humanidad. Madrid, 2001.
(Inicio de de los cap. II y III)*

*Obra editada por la Asociación Marcel Légaut (916 638 504.
E-mail: dmelero@tinet.fut.es) que va traduciendo todas sus obras y publica la revista Cuadernos de la Diápora.*